CAPITULO XXIX.

Todo está dicho: no nos atrevemos á añadir que todo está probado. El progreso es un crecimiento de vida, el crecimiento de vida es el dogma de la naturaleza.

¿Quereis una prueba, una prueba indirecta de esta verdad? ¡Pues bien! mirad en torno vuestro y decidme: á qué llamais pena en este mundo, á qué llamais castigo, sino á una disminucion de la vida, la supresion de una facultad?

¿Qué es una cárcel, en efecto? La interdiccion del movimiento, la negativa parcial de nuestro organismo, el hombre sujeto á la medida de una celda, destituido de su derecho al espacio, sujeto á la piedra de la pared, vuelto vegetal, sujeto á un regulador, que muere condenado á sufrir y á sentir que sufre.

¿Qué es la proscricion? Un rompimiento, una sustraccion hecha á nuestra vida moral, íntima, á nuestra simpatía, á nuestra amistad, á nuestra familia, á nuestra patria, á nuestra inteligencia, á nuestra lengua, á nuestra religion, á todo lo que conocemos, amamos, sentimos, queremos, esperamos, practicamos, servimos: una prohibicion del movimiento de nuestro pensamiento, una restriccion de nuestra atmósfera, una soledad errante, una prision á voluntad.

¿Qué es la confiscacion? La destruccion hecha al condenado, al desterrado, de todos los elementos, de todos los tesoros de vida trasmitidos por su familia ó capitalizados por su trabajo, el rompimiento para él de la historia, la disolucion del pasado, su exclusion de la genealogía, su reintegracion forzada al estado salvaje, al estado primitivo de la sociedad, porque la miseria es una estacion prolongada de la civilizacion; el uno se queda bajo la civilizacion bárbara, el otro bajo la cazadora, el otro bajo la pastoril, el otro bajo la agrícola. La confiscacion, en fin, es la destitucion de nuestra inteligencia por la sustraccion de todos los medios de meditar, leer y estudiar; la disminucion en una palabra, de la suma de vida acumulada en la humanidad por el tiempo, la propiedad, la riqueza.

¿Y la pena de muerte, por qué es la más terrible de todas las penas en todos los códigos, sino porque es, no os riais de lo sencillo de la expresion, un rompimiento completo, irremediable de la vida en plena posesion y en pleno poder? Así, pues, cuanto más se dis-

minuye la vida en un hombre, tanto más se le castiga. Cuanto más abundante es la vida, más cruel es el golpe, cuanta más pena hay en la sociedad, tanto más se convierte en piedad para la víctima, en horror para el verdugo. La piedad es la vida de la sociedad que protesta contra la desproporcion continua á causa del progreso entre la falta y el castigo.

¿Por qué la pena de muerte se aplicaba con tan poca reserva y se sufria con tanto valor en los primeros tiempos? ¿Por qué la legislacion bárbara enviaba continuamente en largas procesiones el hombre al suplicio; y por qué el paciente desafiaba la opinion con su sonrisa hasta bajo el hacha del verdugo? Porque la vida era ménos rica que hoy, ménos intensa, ménos abierta á la sensacion, por consiguiente al dolor, porque de la vida á la muerte habia ménos distancia que hoy despues de las capas de vitalidad que el progreso ha depositado en nuestra sustancia.

A esta idea instintiva y latente en las masas, debemo satribuir la emocion tan profundamente trágica que acompañaba y acompaña aún á través de la historia, las tumbas de la revolucion.

Esas víctimas que la ira de un pueblo arrojaba por carros á la guillotina, eran casi todas escogidas en la sociedad, las que poseian más elementos de vida, artes, ciencias, riquezas, talentos. El hachazo heria en ellos más que unas vidas, heria gerarquías de existencias, almas de poetas, de sábios, de oradores, que vivian con el alma de todos los tiempos, de todos los hombres, que radiaban por todas partes, en las inteligencias y en las admiraciones.

Sobre esta teoría del corazon humano, la tragedia busca sus héroes, para inmolarlos segunda vez, entre los primeros de la tierra, entre los que llevan cetro, pastores de las ideas, cargados de gloria, que representan, que personifican siglos enteros, pueblos enteros. Una cabeza cae. Un hombre acaba de morir sobre el tajo. La muchedumbre oye apénas el ruido de la caida. Otra cabeza cae. Un rey, poco importa de qué clase, del trono ó del talento, desaparece en el suplicio, y esta cabeza cargada del peso infinito de tantas ideas y tantas existencias, rueda por el suelo con un ruido tan espantoso que resuena en la historia. La muchedumbre se estremece y lanza un gemido que atraviesa la humanidad de generacion en generacion.

Sobre esta teoría del corazon la filosofía del siglo XIX reclama la abolicion de la pena de muerte, esta trájica reminiscencia de la barbárie. Porque desde que llevamos en nosotros una vida multiplicada por toda vida anterior de la humanidad, una alma aumentada con todos los depósitos sagrados del pensamiento, la muerte jurídica por mano del verdugo levanta en la conciencia una protesta más patética. Nosotros, ciudadanos de la civilizacion, somos reyes de nuestro poder, por nuestra participacion en el gobierno, en la riqueza, en la inteligencia, en la soberanía, hé aquí porqué el homicidio autorizado por la justicia, despierta en nosotros la fúnebre tristeza del regicidio. Siempre he admirado la profunda sabiduría de la república más poderosa de la antigüedad, que rehusaba al suplicio el más oscuro de los romanos.

De este modo consagraba el derecho de ciudad. Y

hoy ved: el juez ha hablado y ha dicho á un hombre: ¡Morirás! y un palo sangriento, oculto siempre á nuestras miradas, surge en la sombra, allá en un rincon del arrabal. Un golpe sobre el tajo, una vida ha cesado. Un hombre baja el patíbulo, las manos tintas en sangre, la frente pálida por yo no sé qué palidez. Parece que el remordimiento, detenido por el hacha en el alma del ajusticiado, ha pasado á la conciencia del verdugo. Baja la vista. La gente se separa de él con horror. En este minuto supremo de usurpacion hecho á la Providencia, ¿quién os parece que sufre más? ¿El culpable ó el verdugo?

Por la misma razon, el código penal ha seguido siempre los progresos de la sociedad. Ha marchado contínuamente purificándose, espiritualizándose, de la materia al alma, del dolor á la espiacion. Así en los primeros dias de la historia el legislador aplica una pena puramente material al culpable; le mutila el cuerpo, le hiere un órgano, le apaga la vista, le corta la mano, el pié, la oreja, diente por diente; practica inexorablemente la ley del Talion; estrae de las venas del asesino la sangre que ha vertido, castiga una mutilacion con una mutilacion.

El procedimiento es material como la pena; interroga por medio del tormento; saca la confesion por medio del dolor; estiende al acusado sobre el caballete, y busca con fria crueldad, en las fibras, la palabra escondida en la conciencia.

Pero á medida que el hombre pasa de la vida de los sentidos á la vida de las ideas, que adquiere una vida intelectual, íntima, compuesta de afecciones, de

simpatías, de creencias, de sentimientos, entonces la ley busca esta nueva vida para herirla, para castigarla. Sustituye al Talion y al suplicio la pena, sobre todo moral, de la confiscacion, del destierro. Escomulga al criminal del hogar, de la ciudad. Le inmola en su familia, en su patria. Deja á un lado el cuerpo, los miembros, para atender al sentimiento, al pensamiento.

Al mismo tiempo, á causa del desarrollo de existencia, la instruccion judicial reemplaza al tormento, el juez pregunta indirectamente la verdad á la sola facultad que puede decírsela, á la conciencia. El testigo gana con este progreso. La justicia no le arranca su testimonio por fuerza. Le impone la obligacion del juramento.

En fin, el cristianismo viene á colocar la pena en un mundo ideal. Desecha la ley de la sangre para adoptar la del amor: la ley de la venganza para adoptar la de la caridad. Renuncia á hacer sufrir, á castigar la sensacion del crímen, de la voluntad. Sabe que desde el momento que el hombre escapa á la fatalidad por el progreso, entra triunfante en la libertad de su determinacion; que ha constituido en él la vida superior, iba á decir divina, la personalidad, la conciencia: que el culpable es todo interior, que el culpable está solamente donde está la intencion, la premeditacion; impone, pues, al crímen su único castigo, el remordimiento. Hace del hombre mismo, de su alma, su propio tribunal, su propio suplicio. Le abre una perspectiva de regeneracion por la penitencia. Permite al criminal rescatar el mal que ha hecho, el delito que ha

cometido, por la virtud, por la santidad. El hombre caido puede aun hallar un punto de partida, puede recuperar la virtud que ha perdido.

Hé aquí el ideal. Ha debido durante mucho tiempo vivir en la sociedad, en un estado abstracto, como el tipo sublime de la justicia. Pero un dia vendrá, no lo dudemos, en el que este tipo hoy olvidado, descansado pasará del santuario á la legislacion. Miéntras la pena de muerte desaparecerá, no lo dudemos, de los códigos de Europa, antes que el sol se ponga sobre nuestras generaciones. Se reemplaza con la infamia. La infamia es la pena de muerte moral, aplicada á una sociedad espiritualista ó al ménos cada vez más impregnada del espiritualismo. Dice al hombre marcado en la frente con la señal de su falta: Te has faltado á tí mismo, has faltado á esta religion interior del bien que Dios habia escrito en tu inteligencia, vé ahora, vaga hasta el dia del arrepentimiento, por las fronteras de la sociedad. Tu falta te seguirá á todas partes, te llamará por tu nombre, y gritará al que pase por tu camino: Hé ahí el que ha cometido un engaño, el que ha herido. Y el culpable atravesará un vacío moral, sin poder hallar una mano amiga, sin tener afecciones, sin poder cambiar la palabra, sin hallar una simpatía.

Esta doctrina una vez demostrada, que la reduccion y la supresion de una facultad son una pena, una degradacion del sér, volvamos esta idea que es solo el revés de la verdad, y digamos alto, sin temor, que el ejercicio de nuestras facultades, es, no solo el derecho divino, sino tambien el acto eminentemente religioso

de nuestro destino. Vivir, y vivir contínuamente; hé aquí la ley de Dios y su mandamiento. Aspirar, atraer á sí la vida infinita, es decir, la Divinidad, á cada paso, á cada momento; dejarla entrar, brotar á torrentes en nuestra alma por las tres puertas sagradas de nuestro organismo; desarrollar nuestra inteligencia por medio de más ideas, nuestro sentimiento por medio de más simpatías, nuestra sensibilidad por medio de más sensaciones: hé aquí nuestro deseo, hé aquí nuestra virtud.

¡La vida! ¡La vida! Embriaguémonos con esta palabra, porque es una embriaguez santa. La vida es la esperanza; la vida es la inmortalidad; la vida es la mediacion de lo finito á lo infinito, la union del tiempo con la eternidad, la destruccion de los límites, la arca divina arrojada sobre el abismo. Vivamos, pues, ámpliamente, grandemente, para obedecer á la irresistible ley de nuestra naturaleza. Acabemos la obra de la creacion, aún por concluir en nuestro planeta.

Ahora, si tenemos que buscar qué facultades debemos ejercitar y en qué grado, á todas podemos responder, y en toda su extension; pero con condicion de desarrollarlas por armonía y segun el órden de su importancia. Las facultades morales las primeras, las sensuales las últimas, segun las lecciones y los mandatos del progreso. Por su expansion íntegra podremos únicamente equilibrarlas en su accion, como Dios las ha equilibrado en nuestra naturaleza. Desde este momento no temamos el abuso. Donde el abuso empezara, la facultad invasora hallaria la facultad inmediata que la rechazaria dentro de sus límites.

Admitido este principio, nuestro destino y el desti-

no de todo el mundo están clara y terminantemente probados. Para cada uno de nuestros actos, no tenemos mas que plantear esta pregunta: ¿Podemos, obrando así, adquirir más vida? Y si nuestra conciencia responde que sí, no debemos temer ningun juicio; podemos decir al contrario, á cada hombre, viajero como nosotros en el camino de la verdad:

Cuando hayas sentado tu filosofía sobre esta montaña de diamante, contrae una amistad cada vez más ardiente y más íntima con la gran familia. Ama el arte que es su expléndido vestido; la ciencia, que es la confidencia imperecedera del mundo á nuestra alma. Admira la belleza esparcida sobre la faz augusta de la naturaleza. La admiracion no es mas que el amor llevado á su más alto poder, el sonido del alma que brota al golpe de la belleza. Cuanto mejor preparada está el alma, tanto más vibra con la emocion.

Busca las profundas verdades inscritas en el fondo de las cosas, bajo el velo de los misterios. El conocimiento en el hombre no es mas que la conciencia exterior de Dios, porque él es el que siente y piensa dentro de nosotros, el que siente y ama en nosotros, y la afeccion y el estudio no son mas que una santa hospitalidad, una cena intelectual que nos prepara continuamente para el Cristo eterno, siempre presente en la humanidad. Adora la poesía, que es la flor de la creacion; respeta el lujo, que es el rayo de Dios sobre la criatura; bendice el entusiasmo, que es el aroma del sentimiento; y á cada grado de la ciencia ó del arte que subas, á cada vibracion de tus fibras bajo la amorosa presion del mundo, á cada éxtasis, á cada explosion de la lira interior, tocarás á Dios desde más cerca, le respirarás de más cerca, sentirás sobre tu faz su soplo de inmortalidad.

Conocemos la condicion de nuestro perfeccionamiento. Poseemos la moral individual que no es mas que la jurisprudencia de nuestro destino. ¿Cuál es ahora la condicion de perfeccionamiento para la sociedad, la moral colectiva que preside á la vida de una nacion?

Podemos responder: La misma ley, la misma moral. Tenemos que juzgar un sistema político, ó mas bien social, no tenemos mas que preguntar: Este sistema ¿traerá á la sociedad mayor suma de vida, de ciencia, de simpatía? Entónces será verdadero. Por el contrario, toda organizacion, social ó política, que condena una parte de la comunidad á la miseria, á la ignorancia, á la servidumbre, y que mutila millones de existencias, es inmoral como una mentira. Miente á la civilizacion; niega la historia, es decir, la palabra misma de la Providencia.

Pero ¿por qué ha habido y hay todavía clases desheredadas de riqueza, de conocimiento? ¿Por qué esta sombría ley del sacrificio ha pasado sobre millones de séres aparecidos, y desaparecidos en un coro horrible de sufrimientos, ignorados de la humanidad, caidos y hollados por los demás, sin haber conocido el alma, ni haber visto en ninguna parte en la vida la alegre sonrisa de la Divinidad? ¿Por qué las desigualdades sociales, que entristecen á unos, irritan á los otros, sombras siniestras y amenazadoras de la civilizacion?

¿Por qué ese gran murmullo de voces llorando, que flota sobre la tierra, cuando se extremece de alegría con su traje de primavera? ¿Y por qué, á la hora en que hablamos, el viento que columpia en nuestros campos los gavanzos y las lavandas en flor no se lleva de nuestras cabañas más que gritos de pena y de dolor? Hemos dado, con el libro de lo pasado en la mano, las razones históricas de estas desigualdades. Hemos dicho que el punto de partida del hombre, una vez admitido, el esclavo es más libre, me he equivocado, más avanzado en redencion que el salvaje, el siervo que el esclavo, el proletario que el colono; que á cada movimiento hácia adelante de la humanidad, los que vienen detrás pasan á ocupar el puesto que ocupaban los de delante. Ahora, gracias al progreso cumplido, olvidamos estas razones, las enviamos á los siglos pasados, para no darnos y no dar á los débiles pretexto para atrasar ó ajustar el rescate de las clases aún sumergidas en la noche de la inteligencia.

Así como el Evangelio, comparado con el Antiguo Testamento, ha sido el libro de vida, se puede decir que la democracia ha sido la carta del Evangelio, la segunda entrada de Cristo en Jerusalen. La democracia es la plenitud de vida, conquistada por todos para todos; la Iglesia universal de las naciones, que ha escrito su símbolo, vagamente es verdad, tímidamente tambien, en la primera revolucion.

La revolucion francesa ha sido el monte Calvario. Al subir al sacrificio, al verter su sangre por la Europa, la revolucion se ha divinizado, encarnado en las almas. Y hoy, para toda persona acostumbrada á los

cálculos del pensamiento, la libertad no puede ser una fantasía, como en la edad media, un paseo tumultuoso al Capitolio detrás de los pasos de algun Rienzi. Es una idea permanente, fija, regular, magestuosa, como la procesion de los astros en el empíreo. Los hombres salidos de esta revolucion no la comprenderian, suprimirian una á una, subrepticia ó violentamente, todas sus ideas, todas sus promesas; se volverian viajeros de la muerte, para coger esa sombra del pasado. Eurídice que huye y desaparece en humo, que más temprano ó más tarde sucesores enviados por el nuevo mandamiento de la revolucion vendrian, al dia siguiente de su apostasía, á distribuir, segun la justicia social, á todos los hijos de la patria comun, la mies y la idea, el pan del alma y el pan del cuerpo, la alegría legítima de la sensacion y la tranquila voluptuosidad de la inteligencia.